

Elena Tejero García
Ghost Kingdom

Había transcurrido un año y siete meses desde que Rémy comenzara a convivir de nuevo con su monstruo. El enemigo regresó, aunque en realidad siempre había estado allí, encerrado en su *Ghost Kingdom*.

Rémy se encontraba en el Cercanías madrileño, con el rostro congestionado e inundado por lágrimas indiscretas. «Cruzado este umbral de dolor, ¿qué importancia tiene que todos me estén observando?», —pensaba—. Desconocía cómo había llegado hasta la estación. Simplemente se había materializado en el vagón del tren, siendo este pensamiento lo primero que conseguía evocar después de que abandonara su casa, en los momentos de remembranza sobre aquella tarde.

Tras una breve y sorpresiva conversación, su pareja había zanjado cualquier clase de relación con él y, devastado, se había visto en la necesidad de huir del ahora inhóspito hogar, con rumbo a ninguna parte. Desde el asiento, comenzó a percatarse de su nueva realidad y, entrando en un estuporoso estado de trance, puerta sin picaporte hacia un espectral reino de rígidas fronteras, el monstruo le esperaba.

De pequeños espacios y luces sombrías, las ventanas del *Ghost Kingdom* abrían hacia un angosto patio de altas paredes ennegrecidas, solo coloreadas por un cuadrado de cielo azul al fondo de ese túnel vertical. Este feudo fantasmal, aparente refugio para el desahogo y el llanto, era en realidad una cárcel de angustias y de aire viciado. Un subterráneo aislado de los sonidos del mundo donde, entregado a la melancolía, Rémy se lamía la traición sufrida una y otra vez. El monstruo, némesis de oscuridad, no era más que el depresivo reflejo de su esencia, ahora liberado y omnipotente.

Al inicio de su cautiverio, la criatura le esclavizó cual marioneta, negándole el alimento y sometiendo su voluntad. Huésped corporal, su obcecado susurro de inagotable tristeza y sufrimiento dominaría también la mente de Rémy en su vigilia, poblado de pesadillas sus nocturnidades durante meses. En ocasiones, el monstruo adquiriría tal poder que podía gritar a través de su voz, adquirir control sensorial sobre sus extremidades y asfixiar ansiosamente su pecho en crisis de hiperventilación. Convertido en un bufón malabarista, Rémy era un desvalido muñeco en su esfera de cristal, impotente ante los vertiginosos cambios de escenario.

La convivencia con esta quimera evolucionó de parasitismo enfermizo a comensalismo latente. Y, sin embargo, en los momentos de silencio y soledad, Rémy volvía a escuchar su murmullo incansable. Estaban mimetizados, el monstruo y él. La obsesión del rechazo afectivo, injertada en su cerebro y con su propia conciencia vocal.

Con el tiempo, el devenir de las vivencias cotidianas propició que Rémy buscara sus propias fórmulas de alivio. Comenzó a visualizarse feliz, plácidamente tumbado sobre la fresca hierba de un parque y absorbiendo la luz del cálido sol de una tarde cualquiera. Con serenidad, tomó papel y lápiz y escribió lo que nunca tuvo oportunidad de compartir, desencadenó su voz hasta entonces reprimida y se propuso iniciar el camino hacia su libertad.

Querida Philo:

Me abandonaste como a un perro, extirpándome de tu vida para que no perturbara tu nuevo comienzo. Incomprensiblemente me privaste de tu conversación y tu presencia, infligiéndome a mí el injustificado dolor que en tu pasado también sufriste.

Estoy sentenciado a odiarte en contra de mi voluntad, pues aun añorando los bellos recuerdos compartidos, soy incapaz de olvidar el agravio emocional que tus decisiones me han impuesto. En definitiva, me siento maldito, desterrado a un paralelo territorio de soledad, de emociones congeladas y potenciales vivencias imaginarias.

Ojalá pudieras entrar en mi *Ghost Kingdom*, en mi reino de miseria. Ojalá existiera un ecuánime ser superior que en el juicio de tu vida te llevara de excursión por este purgatorio, solo con el fin de transmutarte en mí por unas horas, adolecer mi pena y así equilibrar tu balanza.

Forjaré esa llave de mi alma, para ti. Y decidiré llevarla siempre en el bolsillo para recordarme que tengo una venganza pendiente por cumplir. Cuando fortuitamente se crucen nuestros caminos, cumpliré el justo cometido de entregarte la llave del lúgubre reino al que me enviaste. En ese lugar aguarda mi monstruo, encerrado, esperándote a ti, para que le conozcas. Entonces, a mí no volverá a molestarme.

R.V.T.